EL SOCIALISTA

ORGANO DE LA FEDERACION NORTEAFRICANA Y PORTAVOZ DE LA U. G. T.

Nº 113 | Redacciôn y Administraciôn : 16, Rue Montaigne | Argel — Sàbado 14 de Junio de 1947 | Precio : 7 francos

El referéndum franquista

Una burla màs

EL franquismo emplea por primera vez la mascarada del referéndum. Los «Cortes» de procuradores designados por Franco han aprobado—no cabìa suponer siquiera otra cosa—el proyecto franquista de «sucesiôn». Prosiguiendo la farsa, van a someter la manoseada ley de sucesiôn a «refrendo popular»; ya han fijado el domingo, 6 de junio, a tal efecto.

Franco no habìa recurrido todavìa al proceder clàsico del hitlerismo y demàs regìmenes totalitarios. Hacer votar el 99,9 % de los ciudadanos inscritos y obtener el 99,5 % de los votos emitidos, en favor de la propuesta gubernamental era una artimaña a la que no se habìa creido obligado Franco. Hitler, Mussolini y otros dictadores,—sobre todo el primero,— quisieron demostrar en todo momento, frente a las democracias, que el pueblo estaba con ellos. Franco no necesitô de esos menesteres; él triunfô a sangre y fuego en momentos que la democracia ya no estaba en uso. La ola ascendente del fascismo en Europa le ahorrô al dictadorzuelo español toda consideraciôn propagandistica apoyada en falsas consultas al pueblo.

Ahora, los tiempos han cambiado. En el mundo de la postguerra se ha puesto otra vez de moda la consulta electoral. Hay, pues, que cubrir las formas. La cosa no tiene mayor importancia; todo està previsto; pronto se advertirà que Falange sabe hacer los referéndums tan perfèctamente como las camisas pardas, negras y de otros colores.

En el sistema electoral franquista no caben sorpresas. El sufragio no es universal, ni libre, ni secreto. No es universal porque sôlo pueden votar determinados individuos, cabezas de familia, y, de éstos, se encuentran excluidos todos los que pueden significar una oposiciôn, tales como los que fueron condenados y calificados de rojos, categoria en la que se encuentran la gran mayorìa de las masas laboriosas.

El sufragio no es libre porque no se permite hacer la menor propaganda contra la propuesta gubernamental. La menor critica lleva aparejada la represiôn gubernativa. La leve discrepancia de algunos «procuradores» monàrquicos, como el Presidente de la Diputaciôn de Vizcaya, ha determinado su destituciôn.

El voto tampoco es secreto, pues que los medios policìacos y falangistas se encargan, con amenazas y violencias, de hacer patente y visible en cada votante el sentido favorable de su papeleta a la propuesta de la ley.

Finalmente, por si con esto no hubiera bastante, se toma la precauciôn de que sôlo controlen las urnas y escrutinios los funcionarios falangistas, con los resultados redactados de antemano.

No cabe atribuir otro significado a ese referéndum que el correspondiente a la serie de manifestaciones orquestadas a través del pais con motivo de los viajes ùltimamente realizados por el «caudillo».

Es un pretendido argumento màs a manejar contra el aislamiento internacional y un tràgala para ciertos monàrquicos, quienes, sin querer variar en nada el actual régimen fascista, proponen la sustituciôn de Franco por Don Juan, a los sôlos fines de capear las dificultades creadas en el area internacional.

?Cual serà la actitud de esa «oposiciôn» monàrquica? No es probable que ella se presente con tal motivo en orden de batalla. Su protesta serà platônica; sus fuerzas apoyaràn el proyecto. Con el régimen que tal engendro pretende consagrar, estàn plenamente identificados; la discrepancia con la fôrmula sucesoria no puede llevarles a un decidido enfrentamiento.

La verdadera oposiciôn, la del pueblo, no podrìa manifestarse a través de las urnas falangistas, por las razones antes apuntadas. Es sintomàtico el que, precisamente, cuando se prepara esa «consulta», se haya recrudecido la acciôn represiva contra los movimientos populares. Los pelotones de ejecuciôn no descansan estos dìas.

Por otro lado, la cuestion a resolver no es la planteada por la propuesta franquista, de ahî que la voluntad popular tampoco tenga motivo para manifestarse. ?Qué puede importarle al trabajador español el cambio de Franco por Don Juan, o la forma de proclamar rey, si todo lo demàs sigue igual?

La desapariciôn de la miseria y de la esclavitud sôlo pueden venir por vìas demôcraticas. Y éstas no se abriràn màs que tras la destruccîôn del actual estado de cosas; en ese sentido y con toda la energìa deben manifestarse nuestras ansias liberadoras.

A NUESTROS LECTORES

—»o«—

Un desgraciado accidente de trabajo ha inutilizado durante veinte dias al compañero linotipista que confecciona las pàginas de «EL SOCIALISTA». Esto explica que no hayamos podido aparecer las dos semanas ùltimas, por lo que nos excusamos ante nuestros compañeros y amigos.

LA DIRECCION.

El Congreso de Margate

EN la ùltima semana del mes pasado se reuniô en Margate el congreso anual del Partido Obrero de Gran Bretaña. Los sindicatos enviaron 449 delegados, las sociedades socialistas (fabianos, etc.) y cooperativas 11, las agrupaciones del Partido Laborista 582.

Tal composiciôn del congreso se refleja también en la de la Comisiôn Ejecutiva del movimiento, enteramente reelegida y cuyo presidente, para el año del ejercicio 1947-48, es el compañero Shinwell, ministro del Combustible. El caràcter federativo y sindical del laborismo sigue existiendo. Pero la expresiôn polìtica del movimiento ha sufrido un gran cambio desde hace unos años; y hoy dìa los problemas de polìtica general dominan en los congresos anuales del laborismo britànico. El nùmero creciente de agrupaciones « polìticas » del partido demuestra, ademàs, que la clase trabajadora del Reino Unido ha abandonado los estrechos horizontes de un sindicalismo puramente profesional preocupado tan sôlo de unas mejoras inmediatas.

El congreso de Margate ha probado que el Laborismo se ha convertido en un movimiento socialista consciente de su misiôn histôrica, lo que està cumpliendo con admirable energìa. Al clausurar el congreso, el compañero Noël Baker pudo declarar en voz alta: «No nos queda que cumplir de nuestro programa electoral màs que la socializaciôn de la industria siderùrgica y la del gas; y luego, al final de nuestro mandato, nos presentaremos al pueblo de Gran Bretaña para que juzgue nuestra obra...»

Las altivas palabras del compañero Noël Baker, no se pronunciaron sin razôn. La Comisiôn Ejecutiva y la Minorìa parlamentaria han podido presentar a este congreso el balance de una gran actividad realizada, no exsenta de orientaciôn, de dinamismo y de firme voluntad para seguir en el camino de la revoluciôn econômico-social que se està operando en Gran Bretaña y en su imperio colonial, bajo el empuje del laborismo.

El éxito del gobierno laborista, cuyos efectos se realizaràn plenamente dentro de unos años, no impidiô, sin embargo, que también hubiese el necesario examen crîtico de la actividad gubernamental. Una quincena de diputados laboristas pertenecientes a la «Juventud parlamentaria» publicaron en vìsperas del comicio de Margate un interesante folleto bajo el tîtulo progràmatico de «KEEP LEFT» (Llevar la Izquierda). Sus autores esbozaron una crîtica serena y trazaron unas propuestas positivas para mejorar todavìa el efecto de la polìtica socialista del gobierno laborista.

Los puntos de mayor crîtica de «KEEP LEFT» son los referentes à las fuerzas armadas, demasiado numerosas; la falta de una buena propaganda por parte del gobierno y del partido (uno de los autores del folleto es el editorialista del *Daily Herald*, el comp. Michael Foot); la falta de coordinaciôn de la administraciôn econômica por un solo ministerio con las debidas subdivisiones; y otros asuntos de actualidad. Los autores de «KEEP LEFT» piden que no se hable sôlo de los obreros cuando se trata de aumentar la producciôn, sino, ante todo, de la direcciôn y la organizaciôn de las industrias; reclaman ademàs una ley que legalice la existencia de los comités obreros de empresa. Gran parte del folleto se ocupa, naturalmente, de los problemas internacionales, proponiendo que la Gran Bretaña evite aparecer a remolque de la polìtica norteamericana, y sosteniendo que la oposiciôn laborista al comunismo no debe expresarse mediante una alianza con las fuerzas reaccionarias del extranjero, sino por su acciôn màs eficaz.

Piensan los autores de «KEEP LEFT» que en un mundo que no quiere sufrir el predominio de los Estados Unidos ni de la U.R.S.S., la Gran Bretaña tiene la oportunidad de llevar a cabo un papel trascendental en el seno de las Naciones Unidas para hacer de ellas, en un prôximo porvenir, un verdadero gobierno mundial.

Los debates del congreso tocaron varios de los puntos tratados en el folleto mencionado. Pero no hubo verdadero combate entre la derecha y la izquierda del partido, puesto que los ministros que expusieron al congreso su obra admitieron muchas de las reivindicaciones de la base del partido, enunciadas en las mociones presentadas.

Un debate particularmente apasionado provocô el problema del servicio militar obligatorio que chocô con las viejas tradiciones antimilitaristas del laborismo britànico. Después de un discurso del profesor Laski subrayando que el ejército profesional en el pasado se pudo reclutar tan solo gracias a la miseria que reinaba en el proletariado, el Congreso aprobô, por fîn, la posiciôn del gobierno, aunque con mayorìa muy reducida.

En otro tema, el del salario igual para los dos sexos, la Comisiôn Ejecutiva y el Gobierno registraron una derrota. Se propuso aplazar la ejecuciôn de la igualdad en el pago a las mujeres empleadas u obreras para no evitar gastos suplementarios en el presupuesto de este año. Pero las secciones femeninas habîan hecho su propaganda en el seno de los grandes sindicatos y agrupaciones polìticas, de modo que la aplastante mayorìa del Congreso se pronunciô en favor de la realizaciôn inmediata de tan importante punto del programa socialista.

La polìtica exterior diô naturalmente lugar a amplio debate, y se terminô con un voto unànime de confianza al compañero Bevin, ministro de Negocios Exteriores. La mayor crîtica de la polìtica exterior se refirîo esta vez a lasupuesta dependencia de la polìtica britànica de la de los Estados Unidos, sea en cuanto se refiera a los asuntos puramente diplomàticos de las conferencias internacionales y de la O.N.U., sea porque la situaciôn econômica general del paîs deja temer una dependencia financiera de Gran Bretaña del capitalismo norteamericano. Los discursos detallados sobre los problemas econômicos, las socializaciones y la direcciôn general de la planificaciôn econômica del paîs, liquidaron ya gran parte de los temores expresados por unos delegados sobre la posible influencia de los EE.UU.

El discurso de Bevin ha sido luego una simple exposiciôn de hechos y la afirmaciôn del cambio de rumbo de la polìtica britànica en el Medio y el Extremo Oriente, de la mediaciôn en Indonesia, del tratado franco-britànico y del deseo sincero del Reino Unido para llegar a mejor entendimiento con la Uniôn Soviética. Dijo Bevin también que tal intenciôn es muy difìcil de realizar, sin polemizar directamente contra ninguna potencia exterior.

Un folleto, publicado la vìspera

(Pasa a la 3a pàgina).

Para desvanecer equîvocos

NO puede ser motivo de extrañeza para nosotros que los adversarios de nuestras aspiraciones y de nuestrós procedimientos, traten de desnaturalizar por todos los medios la fisonomìa y las posiciones que en cada circunstancia polìtica, y con arreglo a las exigencias de la hora, adopta con plena responsabilidad y consciencia el Partido Socialista Obrero Español. Ese es su papel y, si se quiere llegar al màximum de las concesiones, su derecho. Lo que no nos parece normal ni admisible es, que ya sea por falta de informaciones ciertas y desinteresadas, ya sea por el afincamiento en concepciones personalìsimas para la estimaciôn de los hechos, el valor de las resoluciones adoptadas por nuestro Partido sufra los efectos de una crîtica que, por respetable que quiera ser, es inadecuada en quienes estàn representativamente implicados en tales resoluciones y obligados a mantenerla. Esto es, en nuestros afiliados, cualquiera que sea su historia, su autoridad y su valer.

El P.S.O.E. tiene sobradamente demostrado que ni una sola vez por excepciôn, ha asumido la responsabilidad de participaciôn o de direcciôn ministerial sin haberse visto forzado a hacerlo por imperativo de las circunstancias y para hacer honor a responsabilidades contraîdas ante los trabajadores y ante el pueblo español. Asî ocurrîô al instaurarse la Repùblica. Asî sucediô después del glorioso movimiento de 1934 y durante el curso de la guerra contra los militares facciosos y sus aliados extranjeros. Eso se ha repetido en el exilio con el Gobierno Giral, y las mismas exigencias morales de la hora nos han llevado a aceptar la responsabilidad de la direcciôn y participaciôn en el actual Gobierno. En ningùn caso ambiciones que satisfacer. En todos los casos cumplimiento de deberes que no podîamos ni debîamos delegar en nadie, a menos de incurrir en deserciôn y abandonar el campo a quienes merodean por sus aledaños en busca de botîn y de crédito que honradamente son incapaces de conquistar y para quienes la tragedia española es sôlo pretexto y no razôn de sus agitaciones.

Asî se ha aceptado la responsabilidad de gobierno. Y se ha aceptado, no por la simple resoluciôn de las Comisiones Ejecutivas del Partido y de la Uniôn General en el Exilio, que hubieran acudido a màs altos apoyos si hubierean tenido que adoptarla, sino con la intervenciôn expresa, la sanciôn favorable sin reservas y el apoyo incondicional—recientemente ratificados—de los organismos superiores de España a quienes todos concedemos la môxima autoridad e incluso algunos, la indiscutibilidad de sus resoluciones. Ir contra esas resoluciones es desconocer aquella autoridad o recusarla. .

La naturaleza del compromiso adquirido es bien conocida y es tiempo perdido querer desnaturalizarla. En ningùn momento hemos admitido la hipôtesis de una sustituciôn directa del Gobierno de Franco por un Gobierno del exilio. .

El propio Sr. Giral rechazô esta hipôtesis que, si se mantuviera, justificarîa la tesis de la inutilidad de todo esfuerzo por un Gobierno exilado para solucionar el problema español. Pero la ambiciôn y la funciôn de este Gobierno no son esas. Son mayores porque son màs positivas, por ello, màs eficaces.

Cuando se habla de tales o cuales soluciones, sus defensores olvidan un *detalle* que consideran, sin duda, insignificante, a saber, que para toda soluciôn la condiciôn primera es la desapariciôn de Franco y, por tal razôn, no ofrecen procedimiento alguno para lograrlo.

Por ser la primera condiciôn es la que se ha tenido màs en cuenta cuando se ha ido a la constituciôn de este Gobierno, pues si esa condiciôn no se cumple, todo lo demàs carece de base de sustentaciôn. Por eso los primeros trabajos de este Gobierno—no infructuosos—se encaminan a acumular los elementos indispensables para alcanzar el objetivo primordial. Si no tuviera otros, considerarîamos que era lo suficientemente importante para prestarle el màximo apoyo y para centrar en él toda la atenciôn y todo el esfuerzo.

Gobierno que lograra ese solo objetivo merecerîa la gratitud de España.

Pero no debe olvidarse, porque esa es la declaraciôn formal, que después de logrado el objetivo principal—es la ùnica manera de poder realizarlo—se pretende devolver a España sus libertades porque sôlo en el uso y disfrute de esas libertades, rodeàndose de toda clase de garantîas, se podrà efectuar la consulta a la voluntad del pueblo para que se pronuncie por el régimen que sea de su preferencia. En ese ambiente de libertad, los partidos responsabilizados en el Gobierno—solidarios en su acciôn mientras no se ofrezcan pruebas en contrario y solidarios en la responsabilidad de gestiôn—se comprometen a luchar *por el triunfo de la Repùblica.*

Hombres sobradamente atentos a las realidades, sabemos bien que en el divertido juego de los pronôsticos y las adivinaciones se acierta alguna vez aunque fracasen trescientas. Podràn acertar o no los augures en el pronôstico de un fracaso de Gobierno, cosa infinitamente màs fàcil que en cualquier otra empresa por la heterogeneidad de los factores que entran en juego, no solamente en su composiciôn sino entre los elementos externos. Pero si tal ocurriera, siendo o queriendo ser justos, deberàn examinarse: primero, sus verdaderas causas. Segundo, qué es lo que hicieron los augures para contribuir al éxito.

Desentendiéndonos de profetas y adivinos, nos apoyamos en algo màs sôlido, que es la masa compacta del Partido que en el interior como en el exterior de España expresan su voluntad de apoyar sin condiciones la acciôn del Gobierno en el que el Partido està representado para alcanzar los objetivos clara y concisamente enunciados. Esa voluntad se ha manifestado con la fuerza y la autoridad necesarias para que nosotros en su representaciôn no vacilemos en cuanto al deber a cumplir. Si en algùn momento esa compacta masa del Partido que en ningùn instante ha desertado de la disciplina entendiese que la misiôn habîa de ser otra y la trayectoria distinta, medios sobrados tiene para expresarlo y bien conocida le es nuestra lealtad a sus mandatos. Al expresarnos como lo hacemos no solamente ponemos de relieve los compromisos que el Partido ha contraîdo y tiene el deber de cumplir—y al decir el Partido decimos siempre todos y cada uno de sus afiliados—defendemos también la voluntad del Partido, que està muy por encima de todos nosotros, y que es el ùnico con autoridad para trazar normas de conducta.

Por el Partido Socialista Obrero Español en el Exilio: *LA COMISION EJECUTIVA..*

Carta abierta

Al compañero Indalecio Prieto

Sintiendo cohibida su libertad de expresión, se ha creído usted en el deber de romper una lanza, con el artículo «Concepto de la disciplina», por los fueros de la más alta democracia en el interior del Partido, publicado en «Adelante» de Méjico.

Como su trabajo encierra una invitación a la reflexión colectiva, espero que no tomará usted a mal la respuesta de uno de tantos miembros de la familia socialista, y no dudo de que perdonará la forma escogida para dársela a conocer.

por **Ildefonso Torregrosa**

BASA usted su concepto de la disciplina en el acatamiento a estos tres imperativos categóricos: a) la doctrina; b) el programa general del Partido; c) los acuerdos de los congresos nacionales. En todas aquellas cuestiones que no afecten a ninguno de esos tres pilares, considera usted lícita la discrepancia, en ejercicio de la libertad de cada afiliado.

La norma así sentada, en orden a la democracia interna, es decir, en orden a la organización de la libertad individual en el interior del Partido, me parecería impecable... si no fuese, realmente, más restrictiva de los derechos de cada cual que la regla sentada por el propio Partido. Así, pues, creyendo velar usted por los derechos de los afiliados, los cercena.

Ateniéndome a lo que siempre fué norma en nuestra organización, yo voy más lejos que usted—que, repito, se queda corto—, y digo que es lícito discrepar de los acuerdos de los congresos, del programa general del Partido y hasta de la propia doctrina.

Vayamos por partes.

El marco regular para la elaboración y para el establecimiento de la política general del Partido es el congreso nacional. Todos sabemos que, a falta de la unanimidad de criterio entre los congresistas, entra en juego, en última instancia, la ley de las mayorías. Un acuerdo así adoptado por la mayoría de los representantes de las Agrupaciones obliga, colectiva e individualmente, a todos los socialistas. Y, sin atentar contra la disciplina, nadie puede sustraerse a coadyuvar, con sus *actos*, al logro de la política determinada de ese modo regular. Es una política que obliga, pues, a la *acción* a todos, tanto a la mayoría que la aprobó como a la minoría que no pudo ver triunfar sus particulares puntos de vista.

Ahora bien, como no entra en las categorías humanas—y nosotros no creemos en las divinas—un sér dotado de las facultades de omnisciencia y de presciencia; y como, por otar parte, en nuestro campo no hay ningún Moisés, depositario absoluto de la verdad revelada, el Partido a cambio de esa disciplina que obliga a todos para la *ejecución* de los acuerdos, deja plena libertad de *expresión* a la minoría discrepante para que, *en el interior del propio Partido*, y a través de las asambleas locales y de los congresos provinciales, pueda mantener su opinión particular. De este modo, la minoría de ayer, con su trabajo, ganando adeptos, tiene abierto el camino para, convirtiéndose en la mayoría de mañana, hacer triunfar su criterio en otro congreso nacional.

Por las razones apuntadas, y en las mismas condiciones, es admisible la discrepancia respecto a cualquier punto del programa general.

Y lo dicho, en orden a los acuerdos de los congresos y el programa general, tiene mayor aplicación todavía en materia doctrinal. No constituyendo la doctrina socialista un catecismo ni un código penal, donde los principios filosóficos vayan acompañados, para uso de los afiliados, de las correspondientes figuras de delito, y siendo, por el contrario, una filosofía en constante formación, debe existir una amplia libertad de crítica en el interior de nuestro campo. Y no sólo para propiciar nuevas aportaciones, es decir, aportaciones sobre temas no tratados por los grandes teóricos del Marxismo, sino incluso para discrepar de algunas de las teorías sustentadas por dichos maestros. Es admisible la discrepancia hasta respecto de los dos eminentes fundadores de nuestra ideología, hasta de Marx y de Engels. ¡Y enhorabuena para el afortunado discrepante que nos aporta, sobre cualquier punto tratado por dichas figuras, una definición más acertada, un análisis mejor hecho, un concepto superior!...

En nombre de este principio, nos ha dicho usted, en cierta ocasión, que seguía siendo socialista por sentimiento y que no compartía, en su integridad, todas las teorías socialistas y menos aún todos los fundamentos—supuestos o realmente científicos—de ellos, aun cuando no es menos cierto que jamás no ha dicho usted cuáles eran las teorías que no compartía.

Y la discrepancia doctrinal es admisible no sólo en el interior del Partido, sino que debe abrirse cierto margen de libertad para los militantes que se entreguen a reflexionar públicamente—en la prensa o en la tribuna—en torno a los fundamentos de nuestra filosofía. Unicamente una parte de ésta debe estar vedada a la meditación y a la crítica en pública: la recogida en la declaración de principios del Partido. Para todo lo demás, amplia libertad de reflexión y de discusión. Y un partido es grande, en la acepción noble de la palabra, cuando sabe promover y estimular entre sus miembros este espíritu de emulación, que se traduce siempre en labor fecunda al servicio del propio partido y de la causa representada.

Por consiguiente—volviendo a la organización general y a los acuerdos de los congresos—la discrepancia es lícita. Es lícita, sí; pero expresada dentro de nuestro campo.

Lo que ningún partido puede hacer, sin perder prestigio y sin condenarse a una labor estéril, es permitir que sus propios afiliados arremetan públicamente contra una política que debe ser colectiva. Todo partido es, fundamentalmente, un instrumento, el instrumento para la realización de un ideal, y mal se comprende que pueda desarrollar la obra para que ha sido creado, cuando son sus mismos miembros quienes se encargan de mellar el arma ante los ojos del enemigo común.

Hay otro modo—y no menos pernicioso—de restar eficiencia al instrumento político, hasta el punto de hacerlo casi inservible, y es cuando los afiliados, utilizando torpemente la democracia interna, constituyen fracciones permanentes, duraderas, donde, cualquiera que sea el problema que se debata, siempre son los mismos quienes coinciden o quienes disienten.

Que haya diversidad de opiniones en el seno de una misma organización, nada más natural, puesto que es distinta la formación política de cada miembro, según su inteligencia, su cultura, su experiencia, etc.

Que las opiniones se polaricen sobre las grandes figuras, sobre los espíritus clarividentes, que saben despertar corrientes de opinión, o que acierten a encauzarlas debidamente, nada más natural también, y esto se ha dado a cada momento en nuestro Partido. La existencia y el libre curso de estas corrientes de opinión son saludables y demuestran el grado de vitalidad de un partido. Por eso, lejos de ponerles obstáculos, las Ejecutivas deben consentirles pleno desenvolvimiento. Esta noble rivalidad entre los militantes por ver quienes saben interpretar mejor la doctrina, según las necesidades de cada día, es muy beneficiosa para la organización, puesto que es fuente de fecundas aportaciones. Y es, además, indispensable a los afiliados porque contribuye al desarrollo de la personalidad individual, agudizando su ingenio, su espíritu de iniciativa, etc.

Ahora bien, las Ejecutivas y los propios afiliados deben velar celosamente para que dichas corrientes de opinión no se desnaturalicen. La existencia de varias corrientes de opinión en el interior de un partido es, como hemos reconocido, la resultante de una interpretación diferente de la doctrina filosófica ante un problema político determinado. Por lo tanto, su razón de ser, su legimidad se explica para un tiempo concreto: mientras que subsista el problema político que suscitó la aparición de dichas corrientes. Desaparecido dicho problema, las opiniones deben polarizarse sobre nuevas cuestiones, y estrae como resultado feliz que los individuos que ayer discrepaban respecto a un punto determinado y que, consiguientemente, formaban parte de corrientes de opinión distintas, hoy o mañana pueden coincidir en la apreciación de un nuevo problema y, por ello, adscribirse a la misma corriente.

Este libre juego de la democracia interna, además de reportar inmensas ventajas a un partido, mantiene vivos y acrecienta los sentimientos de confraternidad entre sus militantes.

Si me permite usted, voy a ilustrar, con mi propio ejemplo, la teoría apuntada.

En el año 1931, yo me adscribí al movimiento interno del Partido que consideraba inoportuna la participación ministerial. Por consiguiente—si me es permitido expresarme así—yo me solidaricé con Besteiro y entré en discrepancia con Largo Caballero y con usted.

Yo no era adversario, por principio doctrinal, de toda colaboración en el Gobierno, con fuerzas no proletarias, y, en aquel caso, con los republicanos. No era una cuestión rígida de principios lo que me impulsaba entonces. Entendía yo—y no trato de defender ahora, con mis palabras, dicha posición, sino que me limito a ilustrar, con mi ejemplo, la tesis que nos ocupa—que la participación ministerial nos perjudicaba y perjudicaba a la República. Nos perjudicaba porque era ir prematuramente a la experiencia ministerial, ya que, por una parte, el Partido no poseía el necesario equipo de gobernantes y de asesores, y, por otra, la clase trabajadora española no contaba aún el suficiente grado de madurez política para comprender el sacrificio que se realizaba; es decir que el proletariado querría esperar una obra esencialmente socialista donde, como consecuencia natural de todo pacto con fuerzas extrañas, sólo podría obtenerse una labor de compromiso, acorde con los intereses distintos de las partes contratantes.

Perjudicaba a la República porque, siendo una etapa a cubrir principalmente por las fuerzas avanzadas de la burguesía, dado el retroceso económico del país, impedíamos, con nuestra participación gubernamental, que se constituyera el gran partido republicano o la coalición republicana conveniente para cubrir dicho período.

Nuestra incorporación acabó por irritar a los republicanos y por dividirlos. Sin ella, lo más probable es que no se hubiera dado la defección del Partido Radical, ni la división en el Partido Radical Socialista. Nuestra incorporación terminó por acarrearnos prematuramente la hostilidad de una parte de los republicanos, y así, echados, salimos del Gobierno.

Una oposición benévola en el Parlamento, pidiendo a los republicanos una política progresiva, y sosteniendo a éstos frente a las arremetidas de las derechas, entendía yo que nos sería más beneficiosa que la conseguida por nosotros directamente. De este modo, sin las responsabilidades del Poder y sin el desgaste correspondiente, el Partido podría consagrarse por entero a organizar y educar convenientemente al proletariado, y a crear los cuadros indispensables para acometer, un día, en las mejores condiciones, la experiencia de Gobierno.

En el año 1933, me adherí a la corriente de opinión del Partido que, ante el cerrilismo de las derechas, que cerraba toda posibilidad de avance por vía evolutiva, entendía que no había otro remedio que ir a la revolución. Así, me solidaricé con Largo Caballero y entré en discrepancia con Besteiro y con usted.

Yo no era adversario, pues, por principio doctrinal, de la acción parlamentaria, como lo fueron los bolcheviques, durante cierto tiempo, y como lo han sido siempre los anarquistas. Entendía yo que, mientras que la burguesía respete su propia democracia, la clase trabajadora debe intervenir en la vida política nacional y enviar representantes suyos a todas las instituciones representativas: Parlamento, Diputaciones provinciales, Ayuntamientos, etc. En dichas esferas el proletariado puede aprender mucho, estudiando los problemas de cada día y desarrollando su capacidad de gestión, sobre el terreno vivo y aleccionador de la realidad al objeto de que, cuando suene la hora de las grandes realizaciones socialistas, la clase trabajadora pueda tener forjado el necesario plantel de gobernantes, de administradores, de técnicos, etc.

Por eso, era y soy partidario de la acción política en el marco constitucional del régimen burgués; pero, repito, a condición de que la burguesía respete su propia democracia. Si dicha clase falsea o quebranta sus mismas leyes, no es admisible pedir al proletariado que asista impasiblemente al atropello y no recurra a la violencia. Y esto no es una teoría exclusiva del Marxismo o del Anarquismo. No, la Constitución francesa de 1793—la burguesa, por excelencia, y no la de 1789—señala que, cuando el Gobierno viola la ley, el pueblo tiene no sólo el derecho, sino, sobre todo, el deber de recurrir a la insurrección. Es, pues, la propia democracia burguesa, antes que el Marxismo, la que sienta la doctrina justa, que legitima el recurso a la violencia contra la conculcación de la ley.

Y, en 1933, el Partido no abandonó la vía constitucional caprichosamente, por simples ganas de jugar a la revolución, sino que se nos empujó brutalmente a ese camino. No más que al año siguiente de proclamarse la República, cuya política, como usted sabe, era de una moderación extraordinaria, en 1932, ya estaban sublevándose las derechas, con la Sanjurjada. Luego, apenas salieron ustedes del Gobierno, la legislación social fué letra muerta, y, especialmente en el campo, reaparecieron los jornales míseros y volvió a sitiarse a los obreros por hambre. Estos son los antecedentes que explican y legitiman el desencadenamiento de la insurrección de Octubre de 1934, y esos antecedentes parece usted olvidarlos cuando, con injusticia enorme e irritante, califica dicho movimiento de «demencia catastrófica». Si hubo demencia catastrófica, fue, precisamente, por parte de las derechas españolas, al no propiciar la acción política del proletariado por vía evolutiva. Al no propiciarla entonces, ni tampoco en 1936, porque la ruina general del país, ocasionada por el alzamiento derechista del 18 de julio, no ha afectado sólo a los obreros, sino también, en gran parte, a sus propios promotores; quienes es de esperar que, a estas horas, hayan sabido recoger una saludable lección.

Piensa usted que el movimiento insurreccional de 1934 habría sido innecesario, de haber querido establecer nosotros, en 1933, como se hizo en 1931, una coalición electoral con los republicanos de izquierda.

También aquí es usted tremendamente injusto para con nuestro Partido. Usted sabe bien que, en las provincias donde los Partidos Republicanos dieron muestra de comprensión y tuvieron en cuenta la fuerza real de nuestro Partido, el pacto se hizo, y hubo candidatura común. Pero, en otras provincias, las más, sobrestimando sus efectivos y subestimando exageradamente los nuestros, los republicanos hicieron imposible la alianza. Como ejemplo, le cito mi provincia: Alicante. De los ocho puestos de la mayoría, los republicanos, haciéndonos, al parecer, un gran favor, concedían tres a nuestro Partido, que pedía cuatro. Fuese, pues, a la lucha separadamente. Ganaron la mayoría, por supuesto, las derechas; pero los tres diputados de la minoría fueron para nosotros, con una masa de votos muy superior a la republicana. Estoy seguro de que el caso es idéntico al de muchas otras provincias donde tampoco logrose la alianza. De esta manera, en 1936, recogida la lección por los republicanos, pudo llegarse pronto, a base de cuatro candidatos socialistas y de otros tantos republicanos, ganándose la elección.

Hay en usted, compañero Prieto, yo no sé qué sentimiento sádico—o qué masoquismo, sería más justo decir—que lleva hasta el extremo de colgar a nuestro Partido, en exclusividad, todos los sambenitos de los desastres políticos habidos en la República. Si se perdieron las élecciones de 1933, dice usted que fue por culpa de los socialistas; si se fue al movimiento de Octubre de 1934, fue también por nuestra grandísima culpa, por habernos querido saltar alegremente todas las etapas históricas. Y menos mal que no nos hace usted responsables del alzamiento fascista de julio de 1936, aunque, sin darse usted cuenta, lo legitima, ya que, descargando sobre el Partido toda la responsabilidad de ese periodo histórico, es forzoso ver en Franco la consecuencia lógica de nuestra «demencia catastrófica».

Usted sería no diré más justo, sino plenamente justo condenando la intransigencia de los Partidos Republicanos, en 1933, sobre todo, execrando el cerrilismo de las derechas en todos los momentos. Pero usted no lo ha hecho; se ha contentado con descargar todas las centellas únicamente sobre nuestras organización. Esa es su gran injusticia.

Pero, para terminar este punto, aun creo oportuno decirle algo. Admitamos que, en 1933, no caemos en «petulancia»—como usted denomina nuestra actitud de entonces—y, en alianza con los republicanos, ganamos las elecciones en el área nacional. ¿Y qué, cree usted que las derechas nos habrían dejado gobernar tranquilamente? ¿Nos dejaron en 1931-1932? ¿Y en 1936? La legitimidad de ambas victorias electorales, ¿sirvió de algo para desarmar la intransigencia de las fuerzas reaccionarias?. Tenga usted por seguro que, si hubiéramos vencido en las elecciones de 1933, no habrían tardado en desenvainarse, una vez más, los espadones. No nos engañemos, ésta es la consecuencia que corresponde por entero a la lógica de las derechas españolas.

Mas, contra mi propósito, veo que me he puesto a discutir con usted, desviándome de la exposición que le estaba haciendo, en orden a la legitimidad de las corrientes de opinión en el seno del Partido.

Para acabar de ilustrar, con mi propio ejemplo, la tesis que le estoy exponiendo, créame que me gustaría poder ofrecer hoy un testimonio de identificación con usted. Deploro sinceramente que, en el tiempo que llevo en la familia socialista—que no abarca, ni con mucho, el largo periodo de usted, porque yo ingresé no más que en 1926, pero a la misma temprana edad que usted lo hizo—nunca he podido compartir sus opiniones respecto a los problemas palpitantes que se presentaron. Quizá se me depare la ocasión, algún día, de coincidir con un punto de vista suyo. Es posible. Es posible, pero difícil. Lo reconozco. Dada la distinta formación política de cada cual, creo que, en general, serán más probables las discrepancias que las coincidencias. Sobre todo en torno a las cuestiones relacionadas con nuestra doctrina filosófica. La formación ideológica de usted—muy respetable, claro está—le ha llevado a declararse alguna vez, a impulsos de eso que usted llama «la musa de lo nacional», que, en caso de conflicto entre lo español y lo socialista, antepondría lo primero a los segundo.

Yo opino—permítame decírselo—que dicha colisión es, más que improbable, imposible, pues que el Marxismo representa una perfecta conjugación de lo nacional y de lo internacional; pero, de surgir un conflicto algún día entre ambos factores—admitamos la hipótesis para el razonamiento— nuestro deber sería responder como socialistas antes que como españoles. Y esto obliga también a los demás socialistas del mundo entero.

Su formación ideológica lo ha conducido, en cierta ocasión reciente, a declarar: «El proletariado tiene ante sí, como faro luminoso, una república genuína, totalmente socialista: la República Rusa».

Yo pienso, por el contrario, que la Unión Soviética es, en lo económico, un régimen de transición, basado en una desigualdad social abusiva, y, en lo político, un régimen liberticida e imperialista.

Con estos antecedentes, y con los antes enumerados, no parece muy probable que yo pueda tener el gusto, un día, de solidarizarme con cualquier interpretación suya. Pero, en fin, no descarto la contingencia.

Vemos, pues, con mi propio ejemplo, que el libre juego de las corrientes de opinión es posible, sin que se desnaturalicen, o sea, sin que degeneren en fracciones orgánicas duraderas. Contra la formación de tales fracciones, que vienen a ser pequeños partidos dentro del gran partido, deben velar, en primer término, por propio decoro, los militantes; luego, las grandes figuras que sirven de inspiradores o de intérpretes a las corrientes de opinión, también por decoro y en aras del más alto sentido de la responsabilidad; finalmente la Comisión Ejecutiva del Partido.

Y ya que hablo de este órgano representativo, me va usted a permitir, compañero Indalecio Prieto, que me refiera a una contradicción que veo, a este respecto, en su artículo. Dice usted: «En el Partido Socialista no hay jefes, sino ejecutores, o sea, simples mandatarios de la masa de afiliados para cumplir y hacer cumplir los acuerdos que aquella adopta. Por eso, los órganos encargados de tal cumplimiento se denominan Ejecutivas...». Pero añade usted: «...las cuales, claro está, para tener aquella autoridad moral indispensable a todo órgano rector...».

Si no lo tomara usted a mal, yo podría preguntarle. ¿En qué quedamos, es un órgano simplemente ejecutivo, o un órgano rector, con todas las consecuencias que, en materia de atribuciones, lleva consigo la diferenciación?

Yo me atrevería a creer en un *lapsus calami*, por su parte, si no supiere que, en otro discurso reciente, asignaba usted a la Ejecutiva, las facultades de «órgano directivo» de «guía» del Partido.

A mi juicio, ateniéndome a la Organización general, dicho órgano representativo es algo más que simple ejecutivo. Si no tuviera ciertas funciones rectoras, le sería imposible realizar la misión general que le está encomendada. Y esto lo sabe usted muchísimo mejor que yo. Ahora bien, siéndome a los Estatutos, opino que, en ausencia del Congreso, los grandes problemas políticos no son de la sola incumbencia de la Comisión Ejecutiva, sino del Comité Nacional. El órgano completamente representativo, plenamente rector, es el Comité Nacional, del cual es una pieza la Comisión Ejecutiva.

Pues bien—volviendo al tema abandonado momentaneamente—, la Ejecutiva debe posibilitar el juego constante de la democracia interna, pero impidiendo que cristalice en fracciones orgánicas. Todo obstáculo puesto al ejercicio, individual o colectivo, de los derechos de los afiliados es un crimen de leso Socialismo, ya que perjudica gravemente el instrumento para realizar el ideal, es decir, el Partido.

Y ahora, dicho cuanto antecede, me permito preguntarle: ¿Es que algún órgano representativo del Partido ha puesto trabas al ejercicio de la libertad de expresión de usted en el interior de nuestro campo?

Pues, entonces, más que un derecho, su obligación es de proclamarlo públicamente, ya que, cuando se vio la la democracia interna, la denuncia pública es el único medio de poner en guardia a los demás afiliados. Es el único caso en que un socialista puede y debe acudir a la calle. La exteriorización de la discrepancia, en dicho momento, es lícita e imperiosamente necesaria. Fuera de este caso excepcional, nunca hay licitud para hacerlo.

Pero, considerando las frecuentes declaraciones públicas que usted viene haciendo en torno al problema político español, me parece entender —y usted me dirá si estoy o no equivocado, si tiene la bondad de contestarme—que la libertad de expresión que usted siente cohibida no es la que afecta al ejercicio de la democracia interna. Si yo no comprendo mal, usted no se queja de que se le priva de opinar, y de influir con su opinión, en el seno del Partido, sino que, por el contrario, usted parece dolerse de que se le coarte la libertad de expresión en el exterior.

Si es esto último—permítame que se lo diga, con el respeto y con la admiración que me inspiran los eminentes servicios prestados por usted a la causa común, a lo largo de su vida política—, si es esto último, usted no tiene derecho a invocar que juegue en beneficio suyo la democracia interna, puesto que, con sus declaraciones públicas, empezó por situarse deliberadamente a extramuros de ella.

¿Que diría usted si, acompañándole por ese mal camino, los afiliados del Partido—que tienen idénticos derechos que usted, no conviene olvidarlo—lanzaran a los cuatro vientos sus correspondientes fórmulas, formulitas y formulones respecto al problema español? ¿Prestigiaría ello al Partido? ¿Habría órgano representativo que pudiera cumplir digna y eficazmente su misión?

Además, ¿lo toleraría usted, si fuese ejecutivo nacional? No lo creo. Teniendo en cuenta la actitud fijada, en diversas ocasiones, por Ejecutivas de las cuales formaba usted parte, me atrevo a sostener que usted no lo toleraría.

Es justo que un Partido cuide cariñosamente a sus figuras relevantes —y usted sabe, por propia experiencia, que el nuestro lo ha hecho siempre, no a la manera bullanguera y efímera que vemos en algún otro sino de un modo digno y constante—; pero esto no debe desembocar nunca en desigualdades abusivas. Usted mismo dice—y yo me congratulo de ello—que, entre nosotros, no deben haber obispos y monaguillos, esto es que no cabe admitir dos categorías de afiliados. Esa desigualdad existiría, si unos tuvieran derecho a moverse y a opinar fuera del marco órganico, mientras que los demás, no. La disciplina ha de ser común, y no puede alzarse nadie por encima de la norma colectiva sin crear la desigualdad, o sea sin romper la confraternidad socialista.

Y, sin embargo, en la práctica, usted viene quebrantando frecuentemente la regla común, con sus discursos sobre el problema español. Lo ha hecho usted, una vez más, hace unos días, en Méjico, con motivo de la Fiesta del Trabajo. Sabe usted que el Gobierno Llopis se ha constituído en virtud, no sólo de acuerdos de las Ejecutivas del Partido y de la Unión en el Exilio, sino, sobre todo, bajo la aprobación del Partido y de la U.G.T. de España, y con asistencia de la representación de nuestra Minoría parlamentaria. Pues bien, mientras que el Partido y la Unión no acuerden lo contrario, en el marco regular; es decir, mientras que se siga considerando eficiente la fórmula aprobada, los acuerdos obligan —colectiva e individualmente—a todos los miembros de ambas organizaciones. Por consiguiente, ni usted, ni las secciones locales de Méjico tienen derecho a proponer públicamente fórmulas distintas. Mucho menos a enfrentarse con las vigentes.

¿Opinan ustedes que hay que cambiar de rumbo? Pues propónganlo debidamente, haciendo uso de sus derechos, en el interior del Partido y de la Unión. Pidan incluso la convocatoria de un congreso. Ese es el camino regular. Lo demás...lo demás es quebrantar la disciplina, poner en ridículo al Partido, crear malestar entre los afiliados.

Dice usted que el Gobierno Llopis es inservible, como lo era el de Giral. Naturalmente, mientras que continúen quebrantándole quienes tienen el deber de apoyarlo, ¿cómo esperar que pueda realizar su misión?

Indica usted que en nuestro Partido no hay pontífices. Sin embargo, viéndole aferrado tesoneramente, contra viento y marea, a lo que usted llama «la única solución», cualquiera diría que usted mismo se complace en demostrar lo contrario.

Con su singular manera de interpretar la disciplina, con sus campañas públicas, entiendo que está usted haciendo un perjuicio enorme a la República y al Partido. Aunque demasiado largamente expuesto esto es todo cuanto creíase obligado a decirle cordialmente un compañero de Partido.

El Partido en Africa

Port-Lyautey

EL CONGRESO S.F.I.O.

El Partido Socialista Francés de Marruecos ha celebrado su Congreso Federal estatuario durante los días 19 y 20 de Abril en Port-Lyautey; asistieron gran número de delegados en representación de 16 secciones.

Entre los muchos asuntos que se trataron se destacan particularmente los referentes a las próximas elecciones en Marruecos (Municipales y del Consejo de Gobierno), posición del Partido ante el Rassemblement Populaire Français del General de Gaulle, etc.

En la sesión de clausura ocupaba la Presidencia de honor el Partido Socialista Obrero Español, representado por el compañero Pacheco quien en nombre del P.S.O.E. dirigió al Congreso un cariñoso y fraternal saludo.

Al final del comicio un banquete reunió a todos los delegados asistiendo igualmente una representación de nuestro Partido.

El Corresponsal.

Sidi-bel-Abbès

« AYUDA A ESPANA »

Verificada la primera recaudación que se ha hecho en esta localidad para ayudar a nuestros compañeros de España, ésta ha dado la cantidad de 10,500 francos. Cantidad esta que, ni a la U.G.T. ni al P.S.O.E. de esta ciudad, satisface. Y por ello, seguirán recaudando todo cuanto sea posible para que con nuestro esfuerzo podamos mitigar su dolor y facilitar la liberación de España.

Colomb-Béchar

OTRO DONATIVO PARA LA AYUDA A ESPANA

En un número anterior dábamos cuenta de haber recibido un donativo de 5.000 frs. hecho por la sección francesa socialista de este pueblo y al mismo tiempo resaltábamos la labor de la compañera de esa sección Suzanne Guinebert, que había contribuido enormemente a la brillantez de la recaudación en la fiesta de la que se nos hizo el donativo. Hoy otro nuevo rasgo de solidaridad de esa compañera y de su esposo nos hace sentir el orgullo de vernos comprendidos. El matrimonio Guinebert nos ha donado, con destino a nuestra suscripción de «Ayuda a España», 2.200 frs.

En este matrimonio los dos son trabajadores, trabajadores humildes, de los que sabemos el deber marcado y de las necesidades que obligan a los deberes; de los que reconocemos en el dinero dos valores: lo que cuesta ganado y lo que con él se remedia; pero son trabajadores y socialistas y aquella simpatía que no dejaron de manifestarnos por nuestra causa la han traducido en ayuda eficaz en cuanto sus posibilidades lo permitieron.

No hablaremos de agradecimientos por no herir ni la susceptibilidad ni la modestia de los camaradas Guinebert, nos limitamos a publicar que unos supimos merecer tan valiosas ayudas y que otros estimaron obligatorio prodigarlas. Conductas de socialistas.

El Corresponsal.

Propagad «EL SOCIALISTA»

Juventudes Socialistas

Orán

EL CONGRESO JUVENIL DE A. DEL N.

Durante los días 16, 17 y 18 del pasado Mayo tuvo lugar en la sala Jean-Jaurès de Orán, el IV Congreso ordinario de las JJ.SS. de España en Africa del Norte.

Estuvieron representadas las secciones de Orán, Blida, Casablanca, Ferryville, Túnez y Djerada.

En la primera sesión aportaron su saludo fraternal el compañero Salamá, por las Juventudes Socialistas francesas; Lopez Aira, por la U.G.T. local; García Alberola, por el Partido local; Cano Murillo, por la Departamental del Partido; Martín de Pablo, por la Departamental de la U.G.T., y Pomares en nombre de la Comisión Delegada del Partido en Africa del Norte.

Se designaron las siguientes Ponencias: Revisión de Cuentas; Propaganda; «Renovación», Boletín interno; Relaciones con las demas Juventudes; Posición política; Nombramientos de cargos y Proposiciones urgentes.

En la segunda sesión cabe destacar la intervención del Secretario General de la 13 Región, compañero Javier Zaragoza que de manera brillantísima, hace historia del movimiento juvenil socialista en Africa del Norte.

Todas las ponencias se aprobaron por unanimidad y salió elegido el siguiente Comité Regional:

Secretario General: Andrés Gimeno; Secretario Organización: Rafael Campillo; Secretario administrativo: Francisco Rodríguez Caballero; Secretario de Propaganda: Enrique Climent; Secretario de Relaciones: Jose Candela; Secretario de Cultura: Isaac Alvarez y Secretario de Publicaciones: Francisco Reig.

El acto de clausura constituyó un éxito. Intervinieron los compañeros José Candela en nombre del Congreso; Martín de Pablo, por la U.G.T.; Cano Murillo, por el Partido, y Andrés Gimeno, en nombre del nuevo Comité Regional. El Comité local de la Juventud ofreció un aperitivo en tonadas la Internacional *y el Himno de las Juventudes al final del mismo.*

Argel

ASAMBLEA

Conforme estaba anunciada, el domingo 25 del pasado Mayo celebró esta sección Juvenil su reunión general ordinaria.

Después de discutidos los dos primeros puntos del Orden del día, y aprovechando el que se encontraba entre nosotros el compañero de la sección de Blida J. Candela, representante de ambas secciones en el IV Congreso Regional N.A., quién dió cuenta de su gestión con toda clase de detalles, la cual fué aprobada.

Seguidamente se pasó al nombramiento del nuevo Comité, el que fué constituído de la forma siguiente:

Secretario General: Hermenegildo Agudelo;

Organización y Prensa: Santiago Candela;

Administración y Relaciones: Francisco Castro.

También fué designado para representar esta sección Juvenil en el Comité local de S.D.E. a Manuel Nuñez Guillan.

Se aprobaron dos peticiones de ingreso y el traslado de 2 afiliados procedentes de la sección de Blida.

Se acordó enviar un saludo a nuestra C.E.N. y también a la agrupación Socialista local y agradeciendo a la misma el celo que demuestra en la actualidad por sus Jóvenes.

Vida de la U.G.T.

Argel

Se convoca para el domingo 15 del actual y en el local social a todos los compañeros pertenecientes a esta sección cuyas profesiones sean las siguientes: Servicio doméstico, Metalurgia en general, Mineros y campesinos con el fin de enterarlos de un asunto de gran interes.

El Secretario.

TELETIPO

Poetas en exilio

Eulogio Muñoa y su «Romancero del Sur»

LOS pueblos sometidos a la Roma imperial han de entenderse con el ocupante, utilizando la lengua del Lacio. En la ciudad eterna, se hablan dos idiomas, o mejor dicho, dos variaciones del idioma común: el latín clásico sujeto a reglas, empleado en la escritura, y el vulgar hablado por la plebe. Las legiones de soldados, comerciantes, funcionarios establecidas en la Europa civilizada de entonces, utilizan el último y de la corrupción de éste, españoles, franceses, italianos, portugueses, rumanos, han de sacar, más tarde, sus propios idiomas, llamados romances, al principio, lenguas neolatinas, cuando finalizado su proceso de formación, adquieren, con su gramática, su diccionario, su literatura rango de idioma oficialmente consagrado.

Con aquel mismo nombre, romance, se designan las primeras composiciones poéticas españolas de anónimos autores, aprendidas de memoria y repetidas de castillo en castillo, de pueblo en pueblo, fijadas después por la escritura, en ese castellano primitivo que se conserva aún entre los judíos sefarditas de Constantinopla, la poética Estambul.

Octosílabos asonantados relatan proezas guerreras, episodios de caza, lamentaciones de amor no correspondido; exteriorizan violentas pasiones contradictorias. A través de nuestra historia literaria, resistiendo todas las innovaciones de la métrica, se conserva siempre tal composición, con su doble empleo primitivo: expresión escrita de nuestros más inspirados poetas y relato verbal de nómadas cantores. Ampliados los temas, perfeccionada la técnica, en aquellos; degenerando, a veces, en reportaje del último crimen, ilustrado con horribles estampas de espeluznantes escenas, en los modernos «trovadores» que, maleados por el progreso, venden a perra gorda las hojitas multicolores. Poetas cultos, consagrados por la fama y poetas populares, desconocidos, dan rienda suelta al manantial inagotable de la inspiración española. Y no sabemos nosotros, simples aficionados, cuando es mayor el regusto de la poesía, si cuando leemos a Góngora y Quevedo, a Zorrilla y el Duque de Rivas, a Machado, Alberti y García Lorca, o cuando oímos una de esas canciones improvisadas por el gañán, el minero, o la moza de servir:

«Merecía esta serrana
que la fundieran de nuevo
como funden las campanas»

La glosa de estos tres versos ha facilitado a los hermanos Quintero, los tres actos de «Malvaloca», la mejor de sus obras teatrales.

⁂

En el céntrico café «Novelty», único en Argel que, por su disposición, recuerda a los clásicos cafés de tertulia españoles, conocí a Muñoa. Espectador mudo de una conversación con el inquieto doctor Agulló, me enteré que había escrito un libro de versos, traducido al francés, por Emmanuel Robles y editado por Charlot.

Para dar variedad a una velada, en el XIX aniversario de la muerte de Pablo Iglesias, me pidió el secretario del Partido que recitara unas poesías. Confesé mi pecado de no conocer nada que encajase en acto de tal naturaleza. Torregrosa, buen catador, me ofreció «una oda muy sentida», enviada por Muñoa, para el extraordinario que «EL SOCIALISTA» había de publicar con el mismo motivo. Nunca aprendí de memoria, con propósito deliberado, versos de nadie. Los que conozco los fui asimilando a fuerza de repetirlos «por las sorpresas infinitas y la delectación de un perpetuo descubrimiento», como asegura, con mucha razón Jean Hytier, en su «Etude de la Jeune Parque». No disponiendo de tiempo material, hube de resignarme a leer los versos de Muñoa dedicados al «Abuelo». A la primera lectura, me di cuenta de que su autor era un poeta.

Hace unos días, el director de nuestro semanario me ha entregado un ejemplar del «Romancero del Sur», para publicar una crítica del mismo. Sin tiempo, ni espacio —estos dos inevitables dictadores— he de limitarme a hilvanar un comentario.

En estos 15 romances, pulcramente editados, en Casablanca, Muñoa confirma aquella impresión que me causara el primer contacto con su musa. De los varios juicios resumidos en la faja que acompaña al libro, es el más acertado —aunque escrito para Chemins de Grenade— *el de* La Bataille de Paris: *«Un compagnon spirituel de Garcia Lorca». Y su indiscutible continuador, añadiríamos nosotros. Con sus mismas virtudes y con sus mismos defectos: exuberancia de imágenes, sucesión de metáforas brillantes, «ecuación de melodía psicológica y melodía verbal» —la fórmula de Paul Valéry— lujuriante sensualidad casta, incontenible en su temperamento de andaluz oriental que, para dar salida a su desbordante inspiración descuida la forma, despreocupado de las reglas de una preceptiva rigurosa. Nacido en la provincia de Jaén, habiendo vivido en Granada, los quince romances tienen por escenario, el paisaje singular de la región andaluza que, como ha observado muy atinadamente Orlando Pelayo —tan buen crítico, cuan excelente pintor— «pierde realidad de escenografía para convertirse en personaje activo del drama». Así, el Guadalquivir emprende viaje*

...sin su cartera
tan pequeño y tan solito
resbalando por la piedra;

dialoga y forcejea, con la luna, para dar satisfacción a los gitanos que le

...han escrito cuatro letras
y le piden que se vaya
por las noches a sus fiestas,

habiendo de acudir, después, a una cita que tiene, en Sevilla, «con Neptuno y con la reina de las torres».

Granada está en la pincelada de los seis primeros versos del romance de aquel título:

Angustias: Un nombre
de penas amargas.
Un rostro moreno.
Y, en Sierra Nevada,
un lirio y el eco
de cinco guitarras.

Málaga, Córdoba, Sevilla... Andalucía de linde a linde, desfilan, con su fisonomía propia, hablando el lenguaje, sin ceceos, del cante grande.

Pero Muñoa, poeta andaluz de la mejor estirpe, es también socialista. Ha vivido la tragedia de sus comprovincianos;

Mineritos, mineritos;
mineros carolineses,
morenos de polvo y humo,
de voz angustiada y tenue...

Generoso, los arranca del fondo de la mina, conduciéndoles «por los siniestros recodos» donde una voz amiga canta:

«Dale compañero, dale
bien a la maza que suene;
que la piedra está muy dura
y la barrena no muele»

a beber vinillo nuevo, servido por la tabernerita del puente que llora la ausencia de sus amigos.

Y en «Romance posible» («Romance incompleto» convendría mejor a su contenido y factura):

¿Por qué maltratan el hierro
con martillos y con mazos?
¿Qué declaraciones quieren
arrancarle, torturándole?

Lamentación y protesta contra el crimen que se está consumando,

en las fraguas instaladas
en el callejón romano,
por los señores litorios,
el juez y los escribanos.

*Muñoa, poeta y socialista, nos anuncia la próxima publicación de cinco libros de versos, tres novelas y tres obras teat

Paraissant les Samedis
Abonnement mensuel 35 frs
Chèques Postaux 140-21 – M. J. G. BARBA

EL SOCIALISTA

Hebdomadaire du Parti Socialiste Ouvrier Espagnol en Afrique du Nord

REDACTION ET ADMINISTRATION
16, Rue Montaigne
ALGER

CONVIENE, en esta ocasiôn, recordar la historia de las «Internacionales» socialistas, empezando por la *Asociaciôn Internacional del Trabajo* fundada por Marx y Engels, y que sigue viviendo desde hace màs de cincuenta años bajo bandera rojinegra. Los marxistas se separaron en el siglo pasado de los anarquistas por razones de evidente discrepancia doctrinal. La *«Segunda Internacional»*, fundada en el congreso de Parîs de 1889 ya era puramente socialista, aunque las màs variadas tendencias se manifestaran en su seno. Antes de la guerra de 1914, se solîa distinguir, generalmente, entre «reformistas» y marxistas revolucionarios. La primera guerra mundial produjo otra separaciôn tàctica, sentimental y doctrinal. En los paîses beligerantes se separaron entonces los socialistas de un lado, los que, bajo un pretexto u otro contribuyeron al esfuerzo de guerra de su paîs, del otro los que en nombre de la solidaridad internacional rehusaron todo apoyo a la burguesîa de su paîs. En las conferencias de *Zimmerwald* y *Kiental*, en Suiza, los socialistas opuestos al esfuerzo de guerra de su paîs se reunieron clandestinamente durante la guerra.

Participaron en tales conferencias compañeros de tendencia muy variada. Italia fué, por ejemplo, representada por el compañero Modigliani; Alemania por los «independientes», que habîan votado contra les créditos militares, y Rusia por... Lenîn. Pero también los partidos entonces acusados de «social-patriotismo» buscaron entenderse en territorio neutral. Hubo una conferencia de los socialistas «aliados» en Londres y otra en Estocolmo en la que unos «aliados» se encontraron con delegados alemanes y austrîacos.

La post-guerra viô luego la constituciôn de la Internacional Comunista, que, con sus 21 puntos, introdujo el côdigo de la organizaciôn bolchevique de cuadros y la idea de la «élite» revolucionaria que dirige las masas en los paîses fuera de Rusia. Muchos partidos socialistas que se habîan afiliado a la *«Tercera Internacional»* por entusiasmo y simpatîa con la revoluciôn rusa tuvieron que separarse màs tarde de ella; entre ellos el Partido Socialista Obrero Español, el Partido Socialista Italiano y el Partido Obrero de Noruega.

Por otra parte, dos organismos surgieron en la inmediata post-guerra: el *Comité socialista internacional de Viena*, que reuniô a los partidos de la izquierda socialista bajo la inspiraciôn y direcciôn del austro-marxismo y la *«segunda ediciôn»* de la Segunda Internacional. En el congreso de Hamburgo de 1923, la gran mayorîa de los partidos de estos dos organismos se unificaron, por fin, en la *Internacional Socialista Obrera*, cuyo secretario general fué, hasta 1939, el compañero austrîaco F. Adler y cuyo secretariado residiô sucesivamente en Londres, Zurich y Bruselas. Algunas organizaciones que no se afiliaron entonces a la I.S.C., como el «Bund» de los socialistas judîos de Polonia, el Partido Obrero Noruego, y el Partido Socialista de Suiza volvieron màs tarde a la organizaciôn internacional socialista.

⁂

La I.S.O. era una organizaciôn importante, secundada por la Federaciôn Sindical Internacional, por la Internacional de Juventudes Socialistas, por la Internacional del Deporte Obrero y (hasta cierto punto) por la Organizaciôn Internacional de las Cooperativas obreras que siguen la doctrina de Rochdale. Pero *la actividad polîtica* de la I.S.O. no se distinguiô por su dinamismo ni por su cohesiôn. Su estructura fué muy federalista y su Comisiôn Ejecutiva evitô, por consiguiente, toda decisiôn que no tuviese por base la unanimidad de los partidos afiliados; lo que era un caso excepcional.

El mayor defecto de la I.S.O. fué, quizàs, la *falta de intercambio de informaciôn* entre los movimientos socialistas de los diversos paîses, informaciôn que hubiese podido crear aquel *sentimiento concreto de solidaridad* en la acciôn polîtica de la clase obrera, sin la cual, ningùn organismo internacional pasa de ser un adorno de nuestra doctrina teôrica, o un comité de redacciôn de manifiestos en ocasiôn del Primero de Mayo.

La falta de informaciôn recîproca hizo, en el curso de los años, que los compañeros de un paîs no comprendieran lo que ocurrîa en el paîs vecino y menos todavîa en otros continentes. Tan sôlo donde las condiciones de la lucha tuvieron mucha similitud, la comprensiôn espontànea reemplazaba las carencias de nuestra organizaciôn internacional. El mejor ejemplo es la repercusiôn que tuvieron, en las masas obreras españolas, el derrumbamiento de la socialdemocracia alemana y, luego, la heroîca lucha del Schutzbund (milicia republicana obrera, organizada y dirigida por el partido socialista austrîaco) contra el dictador Dollfuss.

Pero el caso español fué una excepciôn. Generalmente, los partidos que vivîan bajo la protecciôn de una legalidad democràtica, que creyeron perpétua, no entendieron bien a los representantes de los socialistas emigrados o de los nùcleos clandestinos que operaron en paîses donde la democracia habîa cesado de existir. Esta falta era también una incomprensiôn de la situaciôn histôrica de la clase obrera en Europa después de imponer las leyes totalitarias el fascismo italiano en 1926.

La I.S.O. .no muriô tan sôlo por haber ocupado Hitler con sus secuaces el continente europeo, muriô también por falta de la coordinaciôn y del împetu que hubiese habilitado nuestro organismo internacional para jugar un papel importante

Cuando el pabellôn de la Cruz Gamada ondeô en el puente internacional de Hendaya, el movimiento socialista habîa dejado de existir en Europa, con excepciôn de Suiza, Suecia y Gran Bretaña.

⁂

La derrota nazifascista en Europa y la del despotismo feudal-capitalista en el Japôn, fueron la señal de la resurrecciôn de la idea y de las organizaciones socialistas en el mundo entero. Acaba de formarse en el Japôn un gobierno democràtico bajo la direcciôn del socialista Katayama. Hay organizaciones socialistas en Indonesia, en Birmania y en la India. La Nueva-Zelanda y el continente australiano estàn gobernados por Partidos Obreros que se inspiran de los laboristas ingleses. En el Canada, una de las grandes provincias federales, el Saskatchewan, tiene gobierno socialista y en Latino-América han surgido los movimientos de inspiraciôn socialista que acaudillan poderosos movimientos de emancipaciôn de las masas proletarias indîgenas, y transformaràn, probablemente, la fisonomîa polîtica de Suramérica.

Y en las islas britànicas, la clase obrera tomô el poder después de una sorprendente victoria electoral, revolucionando la economîa tradicional del paîs con la realizaciôn de un vastîsimo programa de socializaciones. También en Europa continental, el socialismo ha resurgido después de la liberaciôn del yugo hitleriano. Resurgieron en muchos paîses los partidos antiguos por la acciôn inmediata de viejos compañeros, o por la de nùcleos clandestinos. Pero las condiciones encontradas y los problemas polîticos a resolver, son muy distintos a los del pasado.

Uno de los màs importantes problemas planteados a los socialistas en esta post-guerra ha sido *su relaciôn con el movimiento comunista.* Antes de la segunda guerra mundial tan sôlo en Francia quedô un movimiento comunista algo importante. Las demàs secciones de la Tercera Internacional se habîa agotado en las sucesivas «depuraciones» y a causa de su tàctica, muchas veces incomprensible para las masas trabajadoras; la guerra misma diô un gran estîmulo al comunismo oficial. La misma propaganda del fascismo iba —como es todavîa el caso en España— en favor de los partidos comunistas, declaràndolos sus mayores enemigos.

Otro factor que estîmulô el movimiento comunista fué la defensa victoriosa de Moscù y Stalingrado, y, luego, las grandes victorias terrestres del ejército soviético que crearon una mîstica cuyo efecto es indiscutible. Tal mîstica encarna la victoria sobre el fascismo ùnicamente en la Uniôn Soviética, cuyos representantes en el exterior son, a pesar de la disoluciôn oficial de la «Tercera» (firmada y rubricada por Doña Dolores Ibarruri y otros) los distintos partidos comunistas nacionales.

La mîstica prueba la desapariciôn del sentido crîtico en las masas populares a causa de la experiencia totalitaria y de las normas dictatoriales prolongadas, como, por ejemplo, en Italia, y ha contribuido a que gran parte de las masas trabajadoras sea polarizada por las organizaciones comunistas, cuyo activismo y buena organizaciôn tienen de contrapeso la ausencia de democracia interior y de la libre elaboraciôn de su orientaciôn polîtica por la base.

Tal situaciôn no serîa, para los socialistas, màs que un problema de concepciôn y de propaganda adecuada si no hubiese, por parte comunista, una lucha encarnizada contra todo lo que es socialista en cualquier parte del mundo, y si no hubiese paîses en la parte oriental de Europa con gobiernos de los llamados «frentes» patriôticos o nacionales.

En estos paîses existen también partidos socialistas. En Polonia hasta el presidente del Consejo lleva carnet socialista. En la realidad, estos partidos no son màs que sucursales del vasto aparato gubernativo soviético, que impone su ley y organiza la policîa polîtica de tales paîses. La existencia de la policîa polîtica, cuyos encargados siempre son personas de incondicional confianza del gobierno de Moscù, impide ya, por sî misma, toda formaciôn realmente democràtica. Hay otros paîses donde la dependencia es menos visible, pero también existe en el plano ideôlogico. Hemos leîdo con sorpresa que el presidente del partido social-demócrata checo, señor Fierlinger,—quien siempre militô en el ala superreformista del movimiento socialista—manifestô recientemente en Praga que no se debe proceder a la reconstituciôn de la Internacional Socialista, porque eso pudiese contribuir a la formaciôn de un «bloque antisoviético».

Claro està que tales predisposiciones no podîan dejar de tener su repercusiôn en la conferencia que se acaba de celebrar en Zurich. El comicio de Zurich no ha sido pùblico y, por consiguiente, no poseemos de momento otra referencia que las manifestaciones de la presidencia a los informadores de la prensa suiza.

Segùn tan reducida informaciôn, la Conferencia no admitiô en la secretarîa de enlace socialista al Partido Socialista de Bulgaria que forma parte del gobierno del Frente Patriôtico de este paîs. Sobre el problema italiano no nos ha llegado ninguna aclaraciôn, y el asunto español se aplazô, al parecer, con la recomendaciôn de que nos pongamos de acuerdo, los afiliados del P.S.O.E. con los señores Negrîn y Lamoneda del llamado Frente de la «España Combatiente» de reciente formaciôn.

Tales decisiones nos causan menos decepciôn de la esperada, la Conferencia ha decidido, en su sesiôn final, nombrar una comisiôn que fijarà las bases ideolôgicas y polîticas de la futura Internacional Socialista, y cuyo presidencia ha sido encomendada a los camaradas del Partido Socialista frances (S.F.I.O.). Es esta la ùnica manera de poder aclarar lo que los diversos partidos entienden por socialismo y cuales son sus fines y sus métodos.

El P.S.O.E., que posee una grande y dolorosa experiencia de lo que significa la falta de claridad doctrinal en determinados momentos histôricos, espera jugar en el seno de esta comisiôn un papel particularmente importante.

La piedra de toque de la conferencia ha sido la discusiôn sobre la admisiôn de los socialistas alemanes. Hubo mayorîa en favor de su admisiôn. Pero como no era la mayorîa de dos terceras partes de las delegaciones admitidas, se acordô seguidamente que un comité de enlace, presidido por el Partido Socialista belga, mantenga el contacto con la socialdemocracia alemana. No sorprenderà, después de lo antedicho, que las delegaciones que votaron en contra de la admisiôn de los alemanes, por razones nacionalistas, fueron las de Polonia, Checoeslovaquia, Palestina y Hungria.

En la conferencia socialista internacional de Zurich

Se crea una comisiôn que estudiarà las bases de la futura Internacional

Los dîas 6, 7 y 8 del corriente mes se ha reunido en Zurich (Suiza) una conferencia internacional de partidos socialistas, convocada a continuaciôn de las discusiones habidas anteriormente con el fin de establecer nuevo enlace internacional entre los socialistas del mundo entero.

P. S. O. E.

Reuniones de la C. E. en el Exilio

DEL 22 DE MAYO DE 1947

En la reuniôn que la C.E. del P.S.O.E. ha celebrado el dîa 22 de mayo, entre otros se han tomado los siguientes acuerdos.

El que nos represente en los actos que se celebraràn en homenaje a la Repùblica Española en Bélgica, organizados por nuestros compañeros belgas, Juan Tundidor.

Lamentar la posiciôn tomada por los socialistas (S.F.I.O.) de Pirineos Orientales respecto a determinados problemas relacionados con España.

Se acuerda que el compañero Carrillo nos represente en el Congreso departamental de los Pirineos Orientales que se celebrarà el prôximo 14 de junio.

Dar de alta a la Secciôn de Peage-Vizimille (Isere).

Se acuerda ampliar la Comisiôn de Estudios catalana con los compañeros Lorenzo Martînez y Alberto Foraster; designar su residencia en Perpignan y otros detalles de caracter orgànico.

Se toman los acuerdos pertinentes ante comunicaciones del Grupo de Parîs y el Comité departamental de Oràn.

El compañero M. de Francisco dà cuenta de su gestiôn en la J.E.L. en periodo de liquidaciôn, aprobàndose su gestiôn.

Se acuerda dirigir una comucaciôn urgente a todos los Partidos socialistas del mundo para que apoyen cerca de sus Gobiernos las gestiones que està realizando nuestro compañero Llopis con objeto de impedir se tomen medidas irremediables contra nuestro compañero Manuel Fernandez Florez

Los reunidos se dan por enterados de las actitudes tomadas por diversos organismos ante la huelga de Bilbao, hazaña cuyo origen està en una propuesta llevada al Comité de Resistencia por el Partido y la Uniôn.

El compañero Paulino dà amplias explicaciones respecto a las anormalidades acaecidas con determinada publicaciôn hecha con desconocimiento del organismo responsable.

Se toman algunos acuerdos respecto a las medidas que deben ser tomadas, a nuestro juicio, para impedir que los evadidos de España garantizados por las organizaciones y partidos, sean internados.

DEL 29 DE MAYO DE 1947

En su reuniôn del 29 de mayo del corriente año, la C.E. del P.S.O.E. entre otros importantes asuntos ha dado de alta a la nueva Secciôn creada en Caussade (T.-et-G.).

Los reunidos han tomado acuerdos en torno a dos comunicaciones del compañero Trifôn.

Se acuerda que en la Conferencia Internacional Socialista que se celebrarà prôximamente en Zurich, y a la que no puede asistir nuestro secretario general por impedîrselo perentorias obligaciones de gobierno, nos represente el compañero Wenceslao Carrillo.

Se tiene conocimiento de una comunicaciôn de la Minorîa Socialista y de varias de la Agrupaciôn de Méjico, en una de las cuales se notifica haber formulado con caracter de propuesta las manifestaciones del compañero Prieto en ocasiôn de la ùltima fiesta del 1° de Mayo, acordàndose manifestarles nuestro disgusto por la improcedencia del procedimiento empleado, tanto màs cuanto habiéndose hecho pùblico un criterio contrario a los acuerdos del Partido —que todos nos comprometimos a acatar—se causa un gran quebranto a los trabajos que se vienen realizando para dar una soluciôn a nuestro trágico problema, sin aportar mejora que justificara la grave determinaciôn.

A propuesta del C.C.S. de Euzkadi se toma el acuerdo de dirigir un llamamiento a todos los Partidos Socialista con el fin de que denuncien ante el mundo las inhumanas represalias de que se hace objeto a nuestros heroîcos compañeros vascos e intervengan, en la medida de sus posibilidades, para terminar con tal estado de cosas.

Se toma conocimiento de los trabajos realizados en favor de nuestro compañero Manuel Fernandez de la organizaciôn de Asturias.

Los compañeros E. de Francisco y Jimeno dan cuenta de sus intervenciones informativas en Mont-de-Marsan y Toulouse, respectivamente.

Se acuerda interesar a Grupos y Secciones en la educaciôn socialista de la juventud española.

Se acuerda que el compañero Dasi nos represente en los actos que se celebraràn en Sichilisenne y Vienne.

El Congreso de Margate

(Viene de la 1a pàgina).

del Congreso por el secretario de Relaciones Internacionales del partido, subraya, sin embargo, con toda claridad, las muchas dificultades surgidas por la intransigencia soviética y su posiciôn hostîl frente al laborismo inglés. En conjunto, el Congreso reiterô su decisiôn de que Gran Bretaña no haga ninguna polîtica de «bloque» manteniendo su posiciôn de absoluta independencia hacia cualquiera de las grandes potencias y siguiendo firmemente su camino de reconstrucciôn econômica. En cuanto a la polîtica exterior, las mociones de la oposiciôn se retiraron después del debate, menos cuatro, sobre cuyo contenido se logrô acuerdo entre Bevin y los delegados.

La mayor parte de los debates, que no podemos transcribir en las columnas de «EL SOCIALISTA» por falta de espacio, trataron de las socializaciones operadas y de los problemas econômicos en general. Los ministros de los ramos correspondientes, Sir Stafford Cripps, de Economîa Nacional y Hugh Dalton, de Hacienda, tuvieron un éxito rotundo por sus brillantes informes, asî como el presidente del Consejo, compañero Attlee, que con oratoria modesta pero con una fé contagiosa en el porvenir de la gran obra realizadora del socialismo democràtico en Gran Bretaña, ha sido el màs aplaudido orador del magnîfico comicio de Margate, que una vez màs reiterô la confianza de la clase trabajadora organizada de Gran Bretaña en *su* partido, quien, firmemente, y sin temer las numerosas dificultades de una post-guerra sombrîa, ha plantado en el edificio del parlamento de Westminster la roja bandera del socialismo.

RODOLFO.